

De la piedra eterna

Sobre una imagen —los aros concéntricos nacidos de una piedra en la superficie del agua tranquila— nace esta novela desconcertante y ambiciosa, *La piedra en el agua*, del peruano Harry Belevan (Ed. Tusquets, Barcelona, 1977). Se trata de una autodefinition excesiva, de un cuento concéntrico sobre sí mismo, voluntaria, obscenamente dedicado a su propia averiguación y enlazado desde un argumento levísimo en el mismo hecho de la lectura. La lectura que desde el principio —y da lo mismo a qué nivel narrativo, a qué altura de su epicentro inencontrable— hará encenderse los personajes, proporcionará lo precipitado de los acontecimientos escasos pero no menos terribles e irá calificando hechos y personajes. Una larga discusión, llena de citas y horrores —donde la muerte y el misterio aparecen al menos como hecho y como literatura, como novela y como reflexión sobre la novela—, va a justificar una clasificación literaria. Por esta vez, la novela, que cuenta extrañas visitas, asesinatos, presentes misteriosos, raros juegos, va a tratar sobre algo tan abstracto como el barroco.

En *La piedra en el agua* hay dos novelas que se relacionan entre sí como las ondas expansivas de —exactamente— una piedra en el agua. (Es imposible no pensar en la fascinación de niños, cuando sorprendía cómo un mínimo hecho, un mínimo objeto, podría crear el juego absoluto, los círculos más y más anchos, que parecían nacidos de novo, nada que ver con el objeto-piedra lanzado por la débil mano.) Un hecho aparentemente casual —la familia que alquila un apartamento con su cuarto de Barbazul, su secreto íntimo y esternamente literario— desencadena la historia, que no es más que la del conocimiento —de la vida de los dos personajes centrales, madre e hijo, tras hipocresías que se van rompiendo descubriendo lo privado inconfesable— y la lectura —del libro en segunda instancia, de la novela escrita por el misterioso escritor prehabitante en la casa— y finalmente la identidad —la del escritor confirmando toda la sospecha, todo el horror—. Este es el punto en que ambas novelas se funden, como si siempre se hubiera tratado de un plan de muerte y no de cualquier otra cosa.

A confirmar esta idea —lectura, paseos, discusiones interminables en torno a un libro sin fin sólo estaban pensados para desvelar la muerte, siendo tal vez la lucidez el precio de haber

vivido; y estos hechos, inducidos por ellos, por el escritor, al fin, para proporcionar la muerte trágica y terrible— vienen las disgresiones constantes y la trama misma de la novela interior, de la novela leída por los personajes de la novela. No es sólo la presencia de Arsenio Lupin o la consideración —literaria y tópica no por menos compartida— de la novela policial como eje narrativo. Es incluso un juego de profecías, cada vez más complejo, que convierte lo que era sólo un problema —el de las identidades— en una cuestión de vida o muerte. De muerte. Y es que, roto ya el sistema hipocrita de las conductas por el conocimiento expreso, toda la relación posible entre los personajes se vuelve loca, acabará la admiración o la intuición y la certeza se muestra como el camino hacia el final sentido, por fin, como necesario.

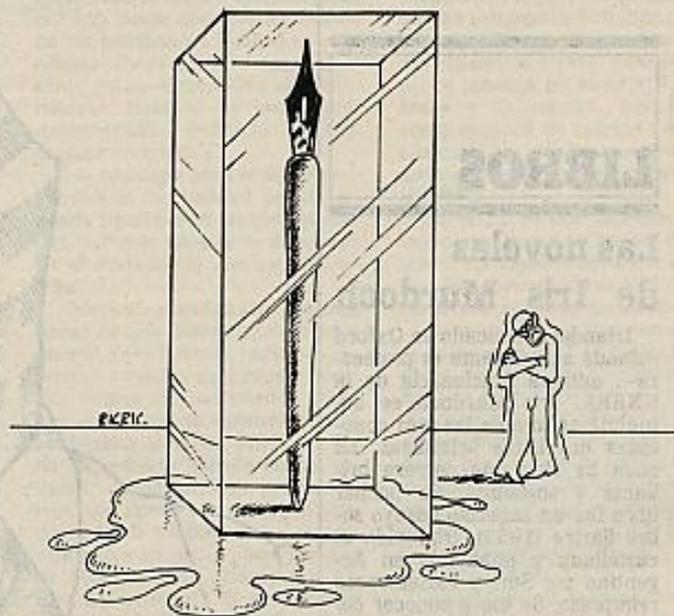
La clave está, como se presenta al principio, en el misterioso escritor personaje, que al fin no es más que el misterioso escritor autor. El barroco —que es de lo que expresamente trata la novela— no es más que la máscara involuntaria, el juego de importancias, los círculos concéntricos de la piedra en el agua, que no renuncia a las paternidades literarias —Borges, siempre invocado; Poe, querido— ni a los discursos íntimamente criticados, ni a la conversación oscuramente vacía, para ocultar la verdadera cara: escritor o escritura como objeto de un cuento, que así va morándose la cola con el solo objeto de ocultar la fragilidad de la persona-autor tras el mito-autor. Y a través del doble personaje autor (expreso-oculto).

Para esto, una lectura complicada, en la que a veces la perplejidad de los saltos físicos de páginas, sin las indicaciones que lo hacían voluntario en otras novelas, hacen pensar en nuevas complicaciones añadidas en la imprenta. Quiero decir: al margen del plan de novela, equivocación en paginación o en orden. Y que, tal vez, en este juego concéntrico de oscuras maniobras —al final, el voluntario escamoteo del sentido— tal vez ha previsto, incluso, esa nueva perplejidad. ■ ROSA MARIA PEREDA.

Regionalismo y dependencia

Hay mucho de jarro de agua fría en este conjunto de ensayos perfectamente articulados (1). Los regionalismos al uso pecan de confiados, como han pecado de inoperantes; ahora difícil-

(1) Editorial Ayuso. Colección "Temas Actuales".



mente pueden optar por una estrategia científica que sustituya a la verborrea voluntarista. Para que haya regionalismo independiente ha de haber, necesariamente, autonomía económica, y esto, ahora mismo, no es fácil de conseguir.

Luis Marco, hasta ahora consultor del Banco Mundial para proyectos de desarrollo regional y urbano, y sin duda alguna uno de nuestros economistas jóvenes de mayor experiencia y preparación, entiende el problema regionalista en función de unos niveles de dependencia inexorable: siempre estamos colonizados por alguien. Estos mecanismos de dependencia están explicados de forma rigurosa y divulgativa, tomando como "modelo" el área continental mediterránea y el caso del País Valenciano en particular. En este "todo", que es como hay que considerar al Mediterráneo, actúa la colonización del Norte europeo, inversor, consumidor y aliado de las burguesías locales que ejercen un segundo nivel de dependencia por "delegación" de la Europa meridional, que funciona como espacio de producción primaria; hasta los operadores turísticos reproducen las relaciones económicas de explotación tipo compañía "bananera" de América Central, a la vez que materializan ese "segundo Plan Marshall financiado por los países turísticos". El tercer nivel de dependencia se establece a través del "desarrollo de las ambigüedades" dentro de las regiones y en tanto no se estructura una estrategia propia que parta de los municipios y comarcas.

El Estado no es neutral frente a los regionalismos. Su "ideología", que refleja intereses extrarregionales, mediatiza e hipoteca el desarrollo regio-

nal, principalmente a través de las preferencias inversoras en la gran industria y determinadas tendencias en la infraestructura (autopistas, grandes centrales energéticas, etc.). Sin embargo, después de los años de crecimiento industrial desenfrenado e indiscriminado, el Estado no podrá evitar el dedicar mayor esfuerzo a la distribución de la riqueza, una vez que el pastel no puede incrementarse según una filosofía puramente desarrollista.

El País Valenciano preocupa a Marco como "prototipo de oportunidad perdida", donde la macroindustria, el "boom" del cemento y la explotación del espacio sólo como valor de intercambio, amén de la incapacidad de la burguesía local, hacen difícil la elaboración de un plan propio de desarrollo regional. Hay que desmitificar la industria pesada y considerar el turismo como actividad primaria, intensiva en trabajo y tecnológicamente dura; no es correcto hablar de decadencia e ineficacia de la pequeña industria del País Valenciano, siendo, además, la que debía haber protagonizado el despegue industrial dentro de un regionalismo vivo y un dinamismo suficiente. El tipo de inversión que ha acudido a la zona de Valencia (acero, automóvil, autopistas, central nuclear, etc.) es de escasos efectos multiplicadores y representa un verdadero record en la relación entre inversión y puestos de trabajo.

La única probabilidad de independencia de los pueblos mediterráneos, como se afirma en "Dependencia y Regionalismo", es la "unión estratégica popular y autónoma", que se apoye en los recursos y les dé un destino humano, empiece con la democratización directa y territorial

y tenga en cuenta que es el dominio de los flujos, y no de la infraestructura, lo que abre el camino a la independencia. Los Estados y las ideologías quiebran o pasan; no así las estructuras, que determinan por decenios un desarrollo viciado.

Como monografías y ejemplos concretos, al final del texto aparecen dos casos típicos: el planteamiento estratégico para el desarrollo de Tarragona y el análisis de problemas de la provincia de Alicante. ■ P. COSTA MORATA.

La comarca de la vega baja del Segura

La presentación en Orihuela del estudio socioeconómico que sobre ella ha realizado el equipo de investigadores formado por Cabrera Ferrández, Martínez Martín, Sempere Flores, Serrano Segovia y Zapata Nicolás ha suscitado viva polémica en la prensa levantina, que se agudiza el paso de los pocos días transcurridos desde la puesta en venta de este libro, auspiciado universitariamente —dada su honestidad científica— y complementado por multitud de mapas y fichas climáticas e hidrológicas y enriquecido con los índices completos del comercio, servicios y producciones agrarias de cada uno de los veinticinco municipios que integran dicha comarca natural, de peculiaridades tan acusadas que la dotan de fisonomía propia y distinta de las del resto de la provincia de Alicante y de la región a que pueda estar adscrita.

Antaño se había editado ya algún trabajo sobre ella, pero su falta de profundidad y de oportunidad lo relegó a ocupar el hueco olvidado de bibliotecas oficialísticas.

Este en cambio, por su formato, objetividad y estudio exhaustivo, pero especialmente por haber aparecido en plena ebullición autonomista, tal y como esperábamos y adelantamos en las páginas de esta revista (número 764), ha constituido el inicio de la promoción comarcalista que contempla, lo que era urgente, ante el problema que para sus comarcas supone la descentralización del resto del territorio nacional.

Para nosotros significa, además, la denuncia del error de procedimiento en que se está incurriendo, al querer estructurar el Estado de arriba a abajo, por el reconocimiento urgente y preautonómico de regiones prefabricadas, resultando sorprendente que esto se haga en nombre de ideologías cuya médula

es la base popular y el principio de autodeterminación, los cuales exigen que, en vez de "comenzar la casa por el tejado", se institucionalicen las comarcas naturales —que son los inexcusables sumandos de esa suma llamada región— para que ellas, democráticamente, decidan libremente a qué región deben pertenecer. Por que los argumentos historicistas, es decir, hechos de armas o arreglos familiares, no pueden a la hora presente ser aptos para ese discernimiento, en general y menos todavía para comarca como la que es objeto de este comentario, verdadera bisagra histórica entre los hace siglos desaparecidos reinos de Castilla y Aragón.

De seguir el camino emprendido —que equivale al absurdo que supondría designar primero y digitalmente a los "parlamentarios" para que después éstos eligieran a sus "electores"— nos impediría —como ha escrito Tamames— "evitar que los actuales problemas del centralismo a nivel nacional se trasladen a un centralismo de carácter regional" y nos llevaría a sustituir un centralismo por otro que tendría los inconvenientes populares del sustituido. ■ T. I. G.

"Mundo de hombre, conciencia de mujer"

"Cuando estoy sola no soy nada. Sólo sé que existo porque soy necesaria para alguien que es real: mi marido y mis hijos". Son palabras de una feminista británica que expresan con dramática claridad ese sentimiento de alienación absoluta, de enorme vacío interior que entraña la condición material de mujer.

Privada del libre uso de su cuerpo, desposeída incluso del lenguaje, obligada a ver el mundo exclusivamente a través de los ojos de su opresor, inmersa en un sistema de valores y de normas creados por el hombre a su propia imagen y semejanza, es natural que la mujer se experimente a sí misma como un no-ser, que dude incluso de su propia realidad como alguien que hubiera perdido su sombra.

De esa frustración, personal e intransferible, de ser mujer en un mundo de hombre, la literatura feminista contiene testimonios más que abundantes. Pocos libros, sin embargo, tan lúcidos y esclarecedores de eso que se ha dado en llamar "condición femenina" como el de la británica Sheila Rowbotham, "Mundo de hombre, conciencia

de mujer" (1). Libro que, hundiéndose sus raíces en la experiencia vital e intelectual de la autora, aborda el tema de la emancipación de la mujer con una serenidad de planteamientos que contrasta con la demagogia pseudorrevolucionaria de muchas feministas, mucho más atentas a producir "best-sellers" que a buscar alternativas viables a la situación actual de opresión.

Para Sheila Rowbotham, la explotación a que está sometida la mujer es cualitativamente distinta de la racial o la de clase, aunque de hecho las tres se entrecruzan. Así, la raza oprimida conserva al menos en su memoria colectiva el recuerdo de otras alternativas culturales que tuvieron aplicación alguna vez a lo largo de su historia, mientras que la mujer, si mira hacia atrás, sólo encontrará mitos —matriarcado, amazonas— elaborados por los hombres.

La opresión del proletario tampoco puede asimilarse sin

se considera trabajo real, pues no sirve directamente a la producción de mercancías—, y trabajo masculino en la industria, la propia evolución del sistema y una serie de fenómenos relacionados con la reducción del tamaño y de las funciones de la familia, han posibilitado la integración de la mujer en el mercado capitalista del trabajo, aunque siempre de modo subordinado a su papel en el hogar.

Ahora bien, la contradicción entre esos dos mundos, la familia y la industria, lo privado y lo público, representa —como señala acertadamente Rowbotham— la fisura en la conciencia de la mujer a través de la cual surge la rebelión.

La ambigüedad misma de la posición de la mujer, que aun cuando trabaja en la industria, sigue estrechamente vinculada al ámbito familiar, donde los valores de uso no han sido totalmente sustituidos por los de cambio como en el sistema de producción de mercancías, lleva



más a la de la mujer, por cuanto aquél puede imaginarse perfectamente una sociedad sin capitalistas, mientras que la mujer no puede lógicamente deshacerse del hombre, ya que ambos son dos términos mutuamente necesarios de una sola totalidad: "La diferencia sexual nos liga estrechamente a nuestros opresores, y a la vez, nos diferencia irrevocablemente de ellos".

De ahí que en su combate político, aun partiendo de la especificidad de su experiencia interior y sin renunciar a ella, sino más bien afirmándola, la mujer deba marchar en todo momento junto al hombre, codo con codo.

Si el capitalismo selló la separación entre trabajo "femenino", propio del hogar —y que, aunque socialmente necesario, no

a veces a actitudes, que, tachadas de demasiado precipitadamente de "reaccionarias", pueden encerrar, por el contrario, un fuerte contenido progresista.

Así, la resistencia demostrada en algunos casos por las mujeres a unirse a los hombres en reivindicaciones estrictamente económicas, salariales, puede ocultar el hecho de que aquellas valoran más positivamente y estarían dispuestas a apoyar otro tipo de cambios, cualitativos: mejoras en las condiciones de trabajo, humanización de las relaciones dentro de la empresa, etcétera.

La distinta actitud de la mujer frente al sistema de producción de mercancías, su negativa a considerar normal lo que, desde su particular experiencia y su ambivalente posición en el mercado de trabajo, ve como aberrante, lejos de constituir una rémora, puede ser, por el contrario, un factor tremendamente enriquecedor de la lucha común. ■ JOAQUIN RABAGO.

(1) Traducción de Ana Magraner. Editorial Debate y Fernando Torres, editor. Colección: Tribuna Feminista, dirigida por Jimensa Alonso y Fini Rubio.